

jóvenes no le volvían la espalda, no lo anatemizaban, no lo juzgaban. Más bien, lo comprendían. De manera que hagámosle el favor a José Monje de no «perdonarle» sus toxicomanías. Como máximo, sintamos un poco de piedad, siempre y cuando esa piedad sea una piedad decente que al desplegarse no disminuya ni nuestra admiración ni nuestra gratitud. Y no dejemos de advertir que para ser la clase de terrible testigo en que llegó a constituirse Camarón no se limitó a decir su palabra: niezscheanamente, se rompió. Quizás hemos tenido la fortuna de conocer a un inmortal precisamente porque ese chiquillo de La Isla, lleno de penas y de miedos, lleno de emociones en verdad turbulentas, tuvo el coraje de no hacerse demasiado adulto, tuvo el coraje de no consentir con el exterminio de su propia inocencia y, finalmente, tuvo el tristísimo coraje de romperse. En la historia del cante flamenco estas tragedias no han escaseado. Las viejas raíces del flamenco vienen alimentándose de los jugos siniestros de la fatalidad. Y más aún cuando esas raíces se afanan en contar el presente y en abrirle la puerta al porvenir. Es decir, estos dramas suelen ocurrir en el flamenco cuando un artista se somete al rigor de la tradición y, al mismo tiempo, al poderío de la angustia creadora y a la iracundia de la libertad.



Tenía toda la angustia del esqueleto del flamenco y todo el esplendor creador de una criatura de genio. Fue flamenco en cuanto que jamás se separó de las raíces, y fue a la vez artista en cuanto que supo convertir cada vieja ley en una nueva aventura de la libertad. Aprendió desde niño, se diría que desde antes de nacer, la deontología del artista trágico: el coraje para conversar con la desgracia. Sus cantes son un recorrido por el territorio de la desventura. Incluso de sus cantes festeros resbalaba un hilillo de sangre. Era un desesperado que no desconoció jamás que en «las últimas habitaciones de la sangre» se hallaba una belleza incandescente. Su pena era de fuego, su voz triste ardía, su congoja quemaba. Pocas veces la condición humana ha tenido un filósofo tan exacto como Camarón de la Isla. Al fondo de la filosofía comprobamos la pena de vivir; Camarón nos contó esa pena con una inocencia tan pavorosa y con una lujuria expresiva tan sobrecogedora que escucharlo era descender hasta los últimos barrancos de la sabiduría. Pero al bajar al fondo por los abismos de la voz de este artista nos encontrábamos con el indecible consuelo de una grandeza musical que significaba algo parecido a la absolución. En ese recorrido había algo pavorosamente humano y a la vez evidentemente sagrado. Camarón no era una fiesta, era una ceremonia. Sus gritos eran el Padrenuestro de la tragedia y el oratorio de la belleza musical. Las palabras, en su garganta, se convertían en emisarios de la autenticidad más absoluta: la que roza la eternidad. Traía recados de finales del siglo XVIII, la época en que nacieron los primeros cantes, pero le abrió al flamenco la puerta del siglo XXI. Camarón de la Isla acaba de morir, pero cuando nos toque morir a nosotros, sus cantes, inexorablemente vivos, nos despedirán con pena y con piedad. Hemos

tenido la fortuna de conocer a un inmortal. Ahora lo despedimos sabiendo que tuvimos el privilegio de conocer a un inmortal. Como es sabido, la inmortalidad es más duradera que la muerte. Por eso nuestras lágrimas son hoy triviales. Cuando se hayan secado nuestras lágrimas, los cantes de Camarón de la Isla seguirán humedeciendo al mundo, fertilizando al mundo. Desde muchos rincones de la tierra se asoman hoy los ojos húmedos a ese maravilloso rincón llamado Andalucía. Algunos, los más obstinados, alcanzan a ver la calle de San Fernando en la que Camarón acaso escucharía, allí en la fragua donde trabajaba su padre, los bellísimos y amargos martinetes; aquella calle tenía un nombre: calle de la Amargura.

★

Muy cerca de esa calle es donde yo lo conocí. Fue, ya lo dije, en la noche del 29 de agosto de 1960, en la Venta de Vargas. Para mí fue una noche esencial, lujosa, una de esas noches que a veces, nadie sabe por qué, nos regala el destino. En el Teatro de Verano del Parque Genovés se celebró un homenaje a Pericón de Cádiz. Después de aquella pública velada flamenca, algunos artistas y aficionados fuimos hasta la calle gaditana en donde había nacido Pericón y en donde aquella noche fue descubierta una placa en homenaje suyo. Algunos poetas, ahí en la calle resonante de madrugada, elogian con sus rimas a la persona y a los cantes de Pericón. Veo a Paco de Lucía, la espalda recostada contra el portal, tocando por taranta, improvisando variaciones majestuosas. Algo más tarde, hacia las tres y media o las cuatro de aquella madrugada, estamos en la Venta de Vargas. Los privilegiados que vivimos aquella noche la hemos contado muchas veces. Yo la he contado incluso por escrito. Pero siempre he mentido a medias. Siempre la he relatado como maravillosa. No fue sólo maravillosa. Fue también devastadora y despiadada. Yo contaba el fasto de lo maravilloso, omitía la almendra amarga de aquella maravilla; y al ocultar aquella oscuridad omitía lo que en verdad hizo que aquella noche se inscribiese en la tempestuosa historia del flamenco. Me viene a la memoria el aviso de Antonio Machado: «Dijiste media verdad:/ dirán que mientes dos veces/ si dices la otra mitad». ¿Dirán que miento dos veces? Pero ahora tengo que arriesgarme. Además hay testigos. Escuchaban en aquel cuarto dos o tres amigos de Manolo Caracol a quienes yo no conocía, y escuchaban Francisca Aguirre, Carmina Martín Gayte, Fernando Quiñones, Rancapino y El Niño de los Rizos. ¿Por qué contar ahora lo que he callado siempre? En homenaje a Camarón. Creo que en aquellas horas Camarón dio una lección a su maestro, recibió una lección de su maestro, y hoy sé que ambas lecciones entreveradas cerraron una vieja herida. Nunca lo conté antes porque nunca lo comprendí. Ahora sí lo comprendo. Por un lado, ya existe información sobre algo que antes desconocíamos. Por otro lado, ya he aprendido que nuestras derrotas refieren nuestra intimidad, e incluso nuestra identidad, con mayor elocuencia que nuestras pasajeras victorias. Derrotas y victorias se dieron cita aquella noche. O mejor dicho, se dieron cita viejos resentimientos y la doble victo-